

Ten compasión de mí, que soy pecador

Domingo XXX del T. Ordinario. Ciclo C
Eclo 35,12-18; Sal 33,2-3.17-18.23; Tim 4,6-18; Lc 18,9-14

En aquel tiempo, Jesús dijo esta parábola a algunos que, teniéndose por justos, despreciaban a los demás: «Dos hombres, uno fariseo y el otro, publicano, subieron al Templo a orar. El fariseo, de pie, oraba así en su interior: "¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como otros hombres: ladrones, injustos, adúlteros, ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo". El publicano, en cambio, quedándose atrás, no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: "¡Oh Dios!, ten compasión de mí que soy pecador"

Os digo que éste bajó a su casa justificado, y aquél no. Porque todo el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado».

El libro del Eclesiástico enseña: *"El Señor es un Dios justo, que no puede ser parcial; ... los gritos del pobre atraviesan las nubes hasta alcanzar a Dios" (35,12-18).*

En este frío mundo laico, hedonista, descreído y desecho de los valores esenciales, la palabra del Sirácida ilumina el alma, trae un rayo de esperanza y, contra el engaño y la mentira, la luz de la verdad: "Los gritos del pobre atraviesan las nubes". Dios es justo; Dios escucha las súplicas del oprimido. Es la suprema justicia; una justicia que es victoria y salvación para el pobre.

El culto como deber hacia Dios, la justicia y caridad como deber hacia el prójimo constituyen el mensaje central de Ben Sira en los caps. 34,18 -35, 6; culto sin justicia y sin caridad de nada sirve (34. 18-35. 10). Mensaje muy importante que repiten hasta la saciedad los profetas y del que se hace eco el gran sabio que escribió el Eclesiástico. Con frecuencia, el rico ofrece a Dios ricos sacrificios, ricos dones: joyas, mantos bordados de oro, suntuosos templos, tal vez, en un intento infantil de sobornar a Dios. Habitado al soborno entre los suyos, cree que puede hacer igual con Dios. El pobre y humilde, sin embargo, da a Dios, lo que tiene, su pobreza, sus lágrimas, su hambre, su enfermedad, sus gritos y lamentos. Dios, sin duda, atiende el llanto del pobre, y, si eso es ser parcial, esa será su parcialidad, esa será su justicia.

El que quiera estar y tener a Dios, ha de obrar por el cauce de su misma "parcialidad", de su misma justicia. Y Jesús no sólo proclama bienaventurados a los pobres sino que comparte su suerte: "se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo" (Flp 2,7), sufrió la injusticia y la marginación hasta ser condenado. Hay que llorar con los pobres, sin titubeos, sin componendas, sin retorcidas justificaciones. Luchar por la libertad, la dignidad y los derechos de los pobres; trabajar para que salgan de la esclavitud y obtengan un justo reparto de la riqueza de la tierra, que les pertenece por derecho.

El anuncio del Evangelio a los pobres estaba ya profetizado por Isaías como una señal de los tiempos mesiánicos (Is 61.1). Y Jesús, solidario con los pobres desde el establo de Belén hasta el despojo de la cruz, llama bienaventurados a los pobres, a los hambrientos, a los que sufren, a los perseguidos por amor a la justicia... En un mundo injusto, la imparcialidad de la Iglesia y de los cristianos sólo tiene sentido si es una opción en favor de los pobres oprimidos.

El Salmo responsorial asegura: *"El Señor está cerca de los atribulados, salva a los abatidos. El Señor redime a sus siervos, no será castigado, quien se acoge a él" (33,2-23).*

San Pablo a Timoteo le dice: *"Yo estoy a punto de ser sacrificado, el momento de mi partida es inminente. He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe..." (4,6-18).*

El Apóstol es ya un anciano que está en la cárcel y espera la sentencia de muerte. No se hace ilusiones humanas, pero mantiene viva la esperanza en el Señor, que es un juez justo. Como todo hombre, teme la muerte; como creyente, la afronta con serenidad y la acepta como un sacrificio que ha de hacer a Dios y un retorno a la casa del Padre. Haciendo el símil de que su vida ha sido una carrera, como la de un atleta se siente contento porque ha sabido mantener encendida la antorcha de la fe hasta llegar a la meta, porque ha sabido luchar por esa fe y su combate ha sido bueno. Ahora confía recibir la corona merecida, la que el Señor tiene preparada para cuantos aman su venida al fin de los tiempos.

Exhorta a Timoteo a combatir con entusiasmo y a seguir su ejemplo personal de entrega. Esta prueba de la cárcel le permite a San Pablo identificarse con los sentimientos de Cristo en la cruz, perdonando a quienes lo han abandonado. El camino de la salvación está asegurado para quien lo recorre con Cristo. Es conmovedora la aceptación de su sacrificio tras el combate; estremece la palabra de un Apóstol dispuesto a morir, que reafirma su fe y hace donación de su vida entregada a la causa del Evangelio, feliz por la fidelidad a su predicación y lleno de amor al Señor Jesús. A pesar de todas las penalidades, soledades, abandonos, perdona a los que lo dejaron solo en el peligro. Sin duda, Pablo de Tarso se donó a la llamada de Jesucristo. Dios no lo ha abandonado ni abandona al cristiano.

La confianza del Apóstol en el "juez justo" proviene de que el Señor ya le ha dado pruebas más que suficientes de su benevolencia. Cuando se encontró como Jesús, solo ante el tribunal, el Señor le dio fuerzas; y la fuerza del Señor le ha permitido continuar la misión confiada: proclamar el Evangelio, sobre todo a los paganos; en las situaciones más terribles, Pablo se ha sentido protegido por Dios; expresa que su vida es una ofrenda, una donación, un devolver a Dios lo que él le ha dado. Para él morir es, como una partida, para ir el encuentro definitivo de Cristo.

El santo evangelio según San Lucas, con esta parábola del fariseo y del publicano (18,9-14), hace una crítica de la actitud religiosa de los autosuficientes en el pueblo de Dios. Son los excluidos del banquete: "Los últimos serán los primeros y los primeros, los últimos". Esta crítica de Jesús enlaza con la que hace a los nueve leprosos judíos, que no se abrieron a la acción de Dios por considerarse merecedores de ella. Jesús cuestiona la relación con Dios de los que se tienen por oficialmente religiosos.

El texto pone hoy, en consideración, un ejemplo clarísimo sobre el modo de orar. La oración de los religiosos oficiales y la de los despreciados sociales, que saben sencillamente descubrir, experimentar y abrirse al Dios de Jesús, el mismo del Magnificat de María (cf. Lc 1, 48-52), y no creen merecer nada allí atrás, en el rincón de su humildad.

Es un hecho actual y de todos los tiempos, por eso el Evangelio tiene un valor universal. Jesús la propuso por los que se creían buenos, y seguros de sí mismos, pero despreciaban a los demás. Muchos fariseos, de ayer y de hoy, piensan que Dios los salvará por cumplir simplemente la Ley, que la salvación depende de su conducta, de su propia fidelidad, no de Dios; la ley, para ellos, es fuente de derechos ante Dios, las obras piadosas los hacen buenos y merecedores de la propia salvación; que lo principal es la fidelidad a la ley y el cumplimiento riguroso de todas sus fórmulas fundamenta la confianza en sí mismo, de la que se deriva la seguridad. Se creen "los buenos", los cumplidores, los religiosos, los perfectos. De ahí, el desprecio a todos los que no cumplan la ley.

El propio San Lucas ha explicitado la finalidad de la parábola: Un bueno y un malo en la apreciación social. Bueno es el publicano, el social y religiosamente descalificado, el marginado, excluido. Su presencia es una constante en el tercer evangelio; se debe, pues, a una intencionalidad propia y exclusiva de Lucas. Fariseo y publicano aquí representan unos personajes, que encarnan tipos de religiosidad repetidos y repetitivos en las comunidades de fieles. El fariseo está satisfecho de su buena conducta; compara y enjuicia, no es sólo un hombre orgulloso, sino un personaje que reza y se comporta en orden a sus derechos; exige porque cumple. Los mismos salmos, formas tradicionales de oración, de las que se sirve para

dirigirse a Dios, parecen sustentar su postura. En su rezo, no hay nada que sea mentira; la mentira es su autosuficiencia.

El fariseo es el sujeto de los derechos, de la necesidad, de la rigidez y de poca mente. El publicano es consciente de su mal comportamiento, por eso, no compara ni enjuicia. Pide perdón a través, también, de los salmos. Es el sujeto de las obligaciones, de la espontaneidad, y de la fluidez mental. No es problemático, como tampoco lo era el hijo pródigo; el problemático y difícil es el fariseo, el hijo mayor, el cumplidor. El fariseo representa al judío observante; el recaudador, al judío pecador. Ambos rezan según su conciencia: el fariseo ora desde su justicia; el recaudador, desde su pecado. Lo que cada uno dice de sí mismo es verdad. Tal vez, por eso, lo verdaderamente significativo resida en que el fariseo se compara con los demás; el recaudador ahonda en sí mismo. La justicia de Dios no es la misma del hombre.

También, el cristiano se ve llevado por ese fariseísmo, en su vida particular y comunitaria, lo que es muy grave y de mucha trascendencia espiritual. Se ha impartido, con frecuencia, una educación farisaica; se han acumulado leyes, reglas y normas, con carácter fundamental que han condicionado las conciencias, y convertido en preocupación principal el cumplimiento de lo mandado y legislado. La observancia a la perfección del precepto, tranquiliza a muchos cristianos y seguros de sí mismos, se sienten con derechos ante Dios.; creen que sus obras buenas son cheques celestiales que les facultan ante Dios para reclamar su capital religioso y, en su obcecación y soberbia, juzgan pecadores a quienes no cumplen las reglas con minuciosidad, los desprecian, los compadecen, se creen mejores y hasta dan gracias a Dios por ser diferentes. El fariseísmo no entiende la Redención, no comprende el Evangelio de Jesucristo.

No comprende que Dios salga a buscar la oveja perdida, que se complazca más en un pecador que se arrepiente, en un extranjero, que ama, confía y, aun sin poder ofrecer obras buenas, viene a Jesús con fe, lo reconoce y le agradece, que en un justo con muchos méritos, fiado en sí mismo. Ese justo ha leído y oído la palabra de Jesús, pero no acaba de captarla y hacerla vida. Su dedicación y obsesión no es el amor, es lo mandado.

El cristiano ha de verse en el publicano. Su actitud profunda está en el riesgo de creer, no en la seguridad de cumplir. Cristo pide un alma de pie y atrás, sencilla y humilde, consciente de su escasez, de su pobreza de méritos y sin capacidad de presentar una factura de orgullosas obras a cambio del perdón y de la justificación. El que cree que su salvación depende de su buen hacer, olvida el Evangelio, se aparta y rechaza a Jesucristo.

La parábola expone unas parcelas de la personalidad religiosa mucho más hondas que las de la simple soberbia o humildad. Muestra el subconsciente, el complejo e intrincado territorio de las motivaciones, el fondo de la verdad que se esconde tras la oración personal. La oración es ciertamente necesaria, pero no toda vale y sirve. El ejemplo es Jesucristo, el modo de rezar ya lo enseñó, en la parábola da esta gran lección: un pecador penitente es más agradable a Dios que un orgulloso que se cree justo (Lc 16,15). Dios, que resiste la mentira de los orgullosos y enaltece a los humildes, despide al fariseo y concede el perdón al publicano. La oración requiere el abandono en Dios (cf. Lc 16,15; 14,15-24; Mt 9,10-13), el ponerse en sus manos.

La parábola prepara la teología paulina de la justificación que Dios concede a quienes no pueden justificarse (Rom 3, 23-25; 4, 4-8; 5, 9-21). Esta justificación se obtiene por medio de la cruz de Cristo (Rom 5, 19; 3, 24-25; Gál 2, 21). El camino la verdad y la vida es Jesucristo. La única exigencia es el amor a Dios y al prójimo, en "esto reconocerán que sois mis discípulos.

Camilo Valverde Mudarra